

CARLOS RODRÍGUEZ MORALES. *Quintana. Cristóbal Hernández de Quintana*. Biblioteca de Artistas Canarios. Gobierno de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 2003

La figura de Cristóbal Hernández de Quintana (1651-1725) como pintor y hombre de su tiempo venía siendo tratada por diversos historiadores del arte, sin olvidarnos de todos aquellos cronistas y comentaristas que con sus publicaciones y artículos han colaborado en el conocimiento de la vida y obra de este artista que, paulatinamente, pudo ocupar un destacado lugar en el panorama de la plástica canaria, a los que se suman los trabajos de los profesores don Juan José Martín González, doña Carmen Fraga González y doña Margarita Rodríguez González, que han sido decisivos para comprender la etapa barroca en el Archipiélago. Con todo ello, la búsqueda de Hernández de Quintana aún no estaba agotada; quedaban muchos vacíos por cubrir. Por eso se hacía necesario un trabajo que centrara y sistematizara todo el quehacer del referido pintor, y para ello el Gobierno de Canarias, dentro de la serie «Biblioteca de Artistas Canarios», aborda definitivamente esta tarea que, bajo el título *Quintana. Cristóbal Hernández de Quintana*, publica con el núm. 42. Se trata de un interesante y espléndido estudio de este pintor llevado a cabo por el licenciado en Historia del Arte don Carlos Rodríguez Morales con el mayor rigor científico, lejos de lo puramente convencional.

El autor, desarrollando una labor investigadora concienzuda y metodológica, inserta nuevas obras que fue descubriendo a lo largo de las continuas y permanentes visitas a los distintos archivos de las islas. He aquí uno de los aspectos más sobresalientes del trabajo, pues hasta el momento teníamos inventariados muchos lienzos, que si bien los atribuíamos con bastante inseguridad al pintor en cuestión, otras veces caían dentro de esa lista interminable de artistas anónimos. De esta manera, la actividad de Hernández de Quintana se volvía más inequívoca, enriqueciéndose su amplio catálogo, conociendo mejor su taller, su vida y vicisitudes. Asimismo, destacamos un aspecto que nos parece esencial: la influencia del maestro en sus discípulos

y seguidores, ahondando en la figura de Domingo de Quintana (1693-1763), cuyo estilo se ha confundido más de una vez con el de su padre, Cristóbal, a pesar de las evidentes diferencias que existen entre ambos. También encontramos a Jacobo Machado Fiesco (1662-1714), que con torpe pincel se esforzó en imitarlo. Otros nombres como el de Nicolás de Medina (1702-1750), han ampliado la nómina de artistas que admiraron y prolongaron el color, la técnica, los temas y la intención pictórica de Hernández de Quintana en el espacio y en el tiempo. El propio autor, Rodríguez Morales, lo puntualiza en uno de los pasajes: «la labor de Quintana se tornó en esclerotización». Y más adelante, refiriéndose al «camino artístico emprendido a mediados del siglo XVII por Quevedo y seguido por Quintana», comenta la perdurabilidad del estilo que llegó «hasta agotarse». No es extraño encontrar, por tanto, óleos de pintores anónimos, aficionados e imitadores en muchas iglesias, ermitas y en colecciones particulares que recuerden sobremana los temas y la paleta de este destacado artista. El trabajo de seleccionar, clasificar y catalogar cada una de estas obras ha sido ímprobo; había que limpiar a Hernández de Quintana de todas esas atribuciones que poco a poco se han ido anquilosando.

Haciendo gala de una excelente metodología en el proceso investigador, Rodríguez Morales establece toda una serie de criterios a la hora de plantear cada uno de los capítulos, siempre con un carácter didáctico, a través de un lenguaje claro, fluido para que los lectores no se pierdan en requiebros históricos y tecnicismos. Después de trazar las líneas fundamentales del trabajo, emprende el «itinerario vital» y el artístico en el que descubre a un Cristóbal dedicado a las labores de pintor-dorador de retablos, entre los que destacamos el perteneciente a la desaparecida capilla del convento de la Patrona de Canarias, Ntra. Sra. de la Candelaria. Como pintor —como buen pintor— también practicó el oficio de policromador de imágenes, llegando a tratar obras de destacados escultores; Lázaro González de Ocampo fue uno de ellos. Capítulo fundamental es el de la clientela, no sólo para conocer la mentalidad social de entonces, sino también para acercarnos a los en-



cargos, a la temática tratada, que básicamente fue religiosa. En él hay un repaso por los modelos, las fuentes de inspiración, como los grabados y otras pinturas. A pesar de todos estos medios utilizados en la creación artística, Hernández de Quintana, deudor de la pintura europea y bastante alejado del «arrebato barroquista» y con un «carácter arcaizante», se nos presenta con una originalidad bastante notoria, pues supo transmitir la sensibilidad del momento, la manera de pensar, de actuar del canario, sus preferencias culturales y su proceder religioso plasmado en un notable número de lienzos que, en esta publicación, se distribuyen según los temas (Virgen María, San José, Pasión, veras efigies, etc.), sin olvidarnos de aquellos que relacionaron al pintor con las órdenes religiosas.

Cuando se habla de la producción pictórica de Hernández de Quintana es imposible sustraernos de su obra magna, de su obra príncipe, del llamado «Cuadro de Ánimas» perteneciente a la Catedral de La Laguna, un lienzo inmenso que plantea uno de los contenidos del concilio de Trento: el Purgatorio. Ha sido el modelo de todos sus homónimos expuestos en muchos templos del Archipiélago. Cuando nuestra mirada recorre toda su superficie, observando cada una de los compartimentos y personajes que ascien-

den hasta los pies mismos de la Trinidad, nos convencemos del dominio técnico y compositivo del pintor, que expresó didácticamente el mensaje teológico. Hernández de Quintana fue un hombre culto que supo entender la mentalidad de su época.

Todo el texto se ilustra con un extraordinario repertorio de fotografías realizadas por profesionales, pedagógicamente distribuidas según los capítulos, que se ocupan, como ya se ha dicho, de la temática religiosa, centrándose en la serie de la «vida de la Virgen e infancia de Jesús», la «Inmaculada Concepción», en las representaciones de «San José», sintiendo preferencia por el conocido «sueño», objeto de posteriores imitaciones; un espacio importante son las «Veras efigies», los «éxtasis y visiones», los «ángeles y arcángeles», los «cuadros de Ánimas», de sello muy personal, sin olvidarnos del perteneciente al «círculo y la estela». Se completa la obra con las páginas destinadas a la biografía del pintor, antología de textos, bibliografía e índice de ilustraciones, aspectos ya de precepto en esta colección, que ahora aborda la monografía de uno de los personajes más relevantes del arte producido en Canarias: Cristóbal Hernández de Quintana.

GERARDO FUENTES PÉREZ

